

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACIÓN PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE DE COSTA RICA, América Central



Ilmo. y Revmo. Dr. don Bernardo Augusto Thiel

El Dr. Thiel, segundo obispo de Costa Rica, se destaca con perfil vigoroso y llena, él solo, por su vastísima inteligencia, su asombroso dinamismo y espíritu apostólico, páginas y páginas de nuestra historia.

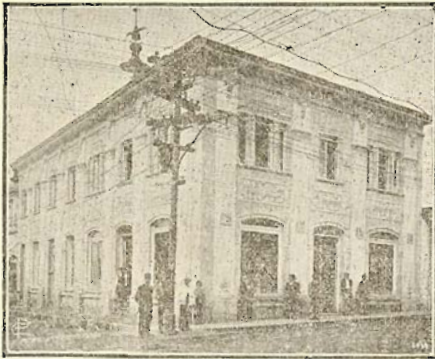
La Diócesis no pudo haber tenido un pastor más vigilante ni mejor dispuesto a atraer a los hombres, aun a los de las rancherías indígenas, al seno de la Iglesia. Y la Patria, engrandecida por el claro prestigio episcopal, no encontró título mayor para el Obispo que hacerlo «Benemérito».

El 9 de Septiembre de 1901 Costa Rica lloró la muerte del Dr. Thiel, y, a pesar de todo, como dice el Evangelio, «el muerto siguió hablando» al corazón de los costarricenses.

SARA CASAL Vda. DE QUIROS.

CONTENIDO:

	<u>Página</u>
Editorial.—Nuestras instituciones de beneficencia Sara Casal Vda. de Quirós.	1233
Las jóvenes y el cigarrillo Dr. D. H. Kress	1234
Costumbres vituperables	1236
La moda no es regla de moral	1237
El despido (Envío de doña Elenita Volio de Lahmann) .	1238
Honra a tu padre y a tu madre	1239
Página infantil.—María oye siempre las oraciones de los niños	1241
La Madre (artículo sexto) María del Pilar Sinués	1243
Recetas de cocina Digna Casal de Solari.	1245
La Expatriada Novela por M. Delly.	1246



BOTICA NUEVA DE SAN JOSE

Fundada el 1.º de Junio de 1899 por su propietario

MARIANO JIMENEZ ROJAS

Una de las más acreditadas boticas de San José, especialmente por la confianza que tiene el público en el despacho de sus recetas.

Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

Nos llegó género de encaje crudo y encajes bellisimos para ropa interior.
Variadisimo surtido de guantes muy elegantes. Cuellos y pieles para abrigos.
Gran variedad de collares. Cintas de terciopelo en bellisimas y variados colores.
Lanas para tejer. Pajas estilos nuevos para sombreros.
Velos variadisimos para la cara.

DIRECTORA

Sara Casal v. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: 126 varas al Este
del Seminario,
Calle de La Soledad**REVISTA COSTARRICENSE**

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 13 de Noviembre 1932

Suscripción Mensual
de cuatro números:**₡ 1.00**EDITORIAL**Nuestras Instituciones de Beneficencia****“LA GOTA DE LECHE”**

UN grupo muy selecto de bondadosas señoras y señoritas, administra esta benéfica institución de protección a la infancia. La presidenta de la Directiva, que es doña Clementina de Quirós, en unión de la vicepresidenta doña Mercedes de Alvarez Melgar, colaboran hace muchos años, con abnegación, cariño y entusiasmo, en la dirección de tan importante obra.

La señorita Eloisa Bonefil, presta valiosos servicios como secretaria. La señorita Mercedes Carrión, lleva los libros admirablemente y es al mismo tiempo tesorera. Doña María Luisa de Gómez, es ecónoma y sus servicios son de gran importancia. Doña Emilia de Pacheco, es inspectora y sus servicios son también muy valiosos. Todas trabajan con entusiasmo y en silencio, y es maravilloso el bien que hace esta institución: numerosos niños se salvan por esta leche tan cuidadosamente preparada y de la mejor calidad.

Ahora que hay tanta pobreza es cuando se hace sentir más la necesidad de esta obra humanitaria. Reciben leche esterelizada 165 niños y a 17 se les da un nuevo alimento llamado Alpha-Lac, que lo consiguió gratis para la Gota de Leche, el doctor don Luis Paulino Jiménez; por lo que están muy agradecidas las damas de la Directiva.

Observamos mucho orden y aseo, mucho cariño de las señoras de la Directiva, para las madres que reciben la leche para sus hijitos.

Algo que nos complació mucho, fue ver entronizado el Corazón de Jesús y saber que en las reuniones de madres se comienza por una pequeña oración, dando gracias a Dios y pidiendo por las generosas personas que sostienen la institución. Cultivar la gratitud es uno de los deberes que no deben descuidarse en ninguna alma humana.

El doctor Luján ha sido un gran entusiasta por la Gota de Leche; ha trabajado con abnegación y cariño, atendiendo a los niños desinteresadamente. Dios le ha de pagar tanto a él, como a todas las señoras que se interesan por esta gran obra de salvación de los niños. Lo único que sentimos, es que no se puedan establecer cuatro Gotas de Leche una en cada barrio pobre, para facilitar a las madres el alimento de sus hijos, para salvarle ciudadanos a la nación.

Aceptamos gustosas la invitación de las señoras de la Directiva, para dar mensualmente una conferencia a las madres, sobre diferentes puntos que les sean útiles. Y verían con mucho gusto ellas, que otras señoras o caballeros se interesaran para darles conferencias.

Verdaderamente quedamos muy complacidas de la visita a esta obra de protección a la infancia.

Sara Casal Vda. de Quirós

A LOS SUSCRITORES

A nuestros suscritores les suplicamos prestar nuestra Revista a todas aquellas personas pobres que la soliciten, pues son nuestros mayores deseos difundir extensamente la buena lectura.

También les suplicamos no prestarla a personas que pueden muy bien pagar un colón mensual para apoyar a la Buena Prensa. Y más bien conquistar como suscritores a esas personas interesadas en leer la Revista; y sobre todo en copiar las recetas de cocina o los patrones y lecciones del curso de corte; con ello ayudarán al éxito de nuestra labor, pues nuestros mayores deseos son introducir mejoras el año entrante, como la de insertar figurines y aumentar cuatro páginas de lectura.

Propóngase cada suscriptor conseguir uno nuevo, y verán que será en provecho de todos.

LA DIRECCION.

Las jóvenes y el cigarrillo

Por el DR. D. H. KRESS

Es bastante malo que los hombres fumen, pero es mucho peor que las mujeres contraigan el vicio del cigarrillo. El fumar disminuye la vitalidad de una joven. Destruye sus nervios y con el tiempo arruina su apariencia.

Se preguntó a una madre: "Si se le concediera a Ud. el privilegio de empezar su vida, nuevamente, ¿le agradaría tener hijos?"

Contestó: "Si alguien me hubiese hecho esa pregunta diecisiete años atrás, cuando tres niñitos eran mi fuente de alegría, habría respondido llena de felicidad: "Deseo tener media docena." En aquellos días lejanos, nunca había tenido la más leve duda de mi habilidad y eficiencia para educar a mis hijos."

Pero transcurrieron diecisiete años, y su hija mayor cumplía ya veinte primaveras. La madre sufría una decepción. Sus primeros sueños sobre el futuro de su hija se habían marchitado. Al referirse a ella, dice: "Fuma sin cesar, y no hay medio de convencerla de que no debe hacer solamente lo que le agrada. Es igual que las otras jóvenes que la acompañan."

Nos cuenta los resultados que el cigarrillo ha producido sobre su hija. Dice: "Cerró los libros en un encantador día de otoño, cuando apenas cursaba su primer año de estudios secundarios, y se ha negado a abrirlos nuevamente. Ahora holgazanea, esperando los últimos días de semana, y confiando en que algún hombre bueno—aunque creo que no le preocupa mucho que sea bueno—se case con ella. No será una esposa digna, pues no cumplirá sus deberes conyugales, así como no lleva a cabo sus obligaciones, aquí en casa. Fascinará durante cierto tiempo, pero ese encanto acabará por cansar, cuando se busque seriedad en su espíritu y se encuentre sólo egoísmo. No tiene la más leve idea ni intención de dominar sus impulsos. Carece de fuerza de carácter." Es bien sabido que cuando los alumnos empiezan a fumar, pierden todo interés en el estudio de materias útiles. Esta madre dice: "Es igual que las demás jóvenes que la acompañan." No hay dudas de que se refiere a la clase de jóvenes amigas de su hija.

Esto me recuerda cierta afirmación de un senador de los Estados Unidos, al hablar en contra de la prohibición, defendiendo la cerveza autorizada por la ley. Dijo: "Si antes del régimen prohibicionista le hubieseis pedido a una joven que aceptase un trago de licor, os habría respondido con una bofetada. En cambio, desde que entró en vigor la ley seca, si no les brindáis licor, os mirarán con desprecio." Es evidente que este senador debe reunirse con una clase de jóvenes señoritas, cuya compañía no es de mi agrado. Si yo fuera su esposa, vigilaría todos sus movimientos. Donde hay una muchacha de la categoría mencionada, pueden encontrarse cincuenta que considerarían como una afrenta que el senador las invitase a beber. No hay dudas de que ha estado relacionándose con personas de dudosa moralidad, si habla por experiencia propia.

Conocemos jóvenes que no fumarían en ninguna ocasión, pero el vicio del cigarrillo gana terreno extenso entre las muchachas. La joven que se niega a fumar empieza a ser considerada como meticulosa y tímida por sus compañeras, en algunas de las escuelas y oficinas. Ceden a la influencia del ambiente y en la mayoría de los casos aceptan el cigarrillo sin malicia alguna, ignorando cuáles serán las consecuencias.

No hace mucho tiempo recibí la siguiente carta del "Departamento de Señoritas" de una liga cívica de cierto estado. Dice:

"Estimado Dr. Kress:

"Nos dedicamos a publicar un libro para las jóvenes adolescentes, sobre los problemas sociales y morales, y como es probable que las alumnas de las escuelas secundarias lean este libro más que las revistas dedicadas a combatir el uso del tabaco, deseamos agregar los datos científicos más recientes sobre los efectos perjudiciales del cigarrillo. ¿Nos permite Ud. que reproduzcamos algunos párrafos de sus

artículos? Si dispone Ud. de algunos otros detalles de interés especial para las jóvenes, le agradeceremos mucho que nos los envíe, pues vemos que el 90% de las muchachas de algunas escuelas superiores emplean el tabaco, en mayor o en menor grado."

Es bastante malo que los hombres fumen, pero es mucho peor que las mujeres contraigan el vicio del cigarrillo. He oído decir: "Algunas mujeres bonitas fuman." Personalmente, he visto unas cuantas jóvenes bien parecidas empleando cigarrillos, y también he prestado ayuda médica a algunas muchachas bonitas adictas al tabaco. Todas ellas serían mucho más hermosas si no fumaran. El vicio del cigarrillo no constituye uno de sus atractivos. He observado que si las jóvenes *bonitas* continúan fumando hasta llegar a los cuarenta o cincuenta años, estarán *muy lejos* de conservar la belleza que hubieran tenido, si no fuera por el vicio del tabaco. El fumar disminuye la vitalidad de una joven. Destruye sus nervios, y con el tiempo arruina su apariencia. Hace a la joven tosca, ahombada y mucho menos atrayente en todo sentido. El fumar no beneficiará nunca a una mujer.

También he escuchado esta observación: "Ya que los hombres fuman, debe permitirseles a las mujeres que fumen." Desde el punto de vista moral, sólo hay una norma para los hombres y las mujeres, pero si estas últimas disfrutaran siempre de las libertades que se han atribuido los hombres del tiempo pasado, y hubieran vivido en otra época, de la misma manera que los hombres el mundo estaría maldito y sería poco agradable habitar en él.

A algunos hombres no les importa pasar la noche en un club o cantina, bebiendo, fumando y jugando a los naipes, hasta las primeras horas de la mañana, y es probable que regresen a casa bajo la influencia del alcohol. No deben haberse tomado esas libertades, pero ciertas personas no les conceden mucho interés. Suponen que la esposa y la madre deben resignarse y obtener el mejor provecho de esta clase de vida. Afortunadamente las mujeres se han guiado por una norma más alta.

Si los hombres sienten placer bebiendo, fumando, blasfemando y pasando la noche fuera de casa, sería verdaderamente desastroso y daría origen a una condición inimaginable que las mujeres siguieran sus ejemplos en estas

disipaciones. Por lo tanto, es una dicha que las mujeres se hayan abstenido de disfrutar de las libertades que se han atribuido los hombres. Han sido cuidadoras y defensoras del hogar. Con sus ejemplos han educado a los hijos e hijas en la templanza, enseñándoles que no sigan los pasos de sus padres en esa manera de vivir. Así es como han logrado formar unos niños que son una esperanza para el mundo.

Si las mujeres empiezan ahora a beber, fumar, pasar las noches fuera de casa jugando a los naipes, blasfemando y maldiciendo como hacen algunos hombres, este mundo marchará de mal en peor, con una rapidez que nos producirá asombro. Nosotros, hombres de estos días, damos gracias al cielo de que nuestras madres se negaron a imitar a nuestros padres; fueron defensoras del hogar, y con ejemplos y consejos nos indujeron a no beber, ni fumar, ni maldecir, ni pasar la noche fuera de casa, en lugares sospechosos. Los niños que venían al mundo tenían por lo menos el cincuenta por ciento de oportunidades de convertirse en ciudadanos honorables.

Es la madre quien enseña a su hijo a balbucear la primera plegaria. No podemos imaginarnos una madre aficionada a las bebidas alcohólicas, ni una madre sometida al vicio del cigarrillo, que se complazca en la oración y en el estudio de la Palabra de Dios. Algunos de nosotros podemos recordar a nuestras madres, llevándonos de la mano al templo.

¿Qué será de las reuniones de oraciones cuando las mujeres beban y fumen a la par de los hombres? Ya hemos llegado al tiempo en que se celebran muy raras veces reuniones re-

VESTIDOS EXTRANJEROS

de última novedad, muy finos,
para señoras y señoritas, recibió

LA TIENDITA

de doña CLAUDIA DE GARRON

CONTIGUO AL GARAGE ALFARO

TELEFONO 3395

ligiosas, y en que la concurrencia a ellas es muy escasa. Cuando las mujeres fumen, desaparecerán las reuniones de oraciones. No se verá más a las madres llevando a sus pequeños a los servicios de la iglesia y sociedades religiosas. Cuando el fumar se generalice, será necesario algo de naturaleza sensacional que reemplace al sermón y la plegaria de antaño, con el fin de llenar los bancos de la iglesia.

Alentemos a nuestras niñas y señoritas a dejar el whisky y el cigarrillo a los hombres, si a éstos les gusta, y se niegan a ser personas

decentes. Animémoslas a proseguir el camino de sus madres. En esto radica la esperanza de futuro de la especie humana. Las mujeres hasta el presente, han sido factores de decadencia en las degeneraciones raciales. Cuando las mujeres descendan de su alta norma de conducta y moralidad, y adopten las bajas pautas de los hombres, se producirá una degeneración espiritual y física, con tal rapidez que nos dejará asombrados. La madre que meció la cuna, hace cincuenta años, está hoy, mediante sus hijos e hijas, gobernando el mundo

(Tomado de una revista del exterior).

Costumbres vituperables

«En uno de los últimos matrimonios de la alta capital de X tuvimos ocasión de observar algunos procedimientos que, por lo incorrectos, no parecían fueran de una tan culta sociedad como la nuestra, que se enorgullece de ser de las más aristocráticas y estrictas en todo sentido.

Habíase pedido a Inglaterra el queque de novia y venía adornado con numerosas sorpresas, destinadas por la contrayente a sus más íntimas amistades. Pero, ¡oh desilusión para la novial, cuando llegó el momento tan deseado para ella, pues deseaba ver la impresión que causarían sus sorpresas... habían desaparecido todas... Parece increíble que nuestras cultísimas damas, sean capaces de actos tan poco cultos como el que relatamos. Asimismo, observamos a ciertas matronas que llevaron saquitos especiales para echar los dulces, sandwiches y tosteles que les obsequiaran, y sin ninguna pena las elegantes damas salían luciendo su saquito de provisiones; que esto pasara entre gente de nuestras campiñas, sin cultura, hasta gracioso lo encontraríamos; pero que lo hagan las cultísimas damas de la capital... eso es lo que no comprendemos. Deja todavía mucho que desear en cuanto a cultura se refiere nuestra sociedad, y si observamos el proceder de los jóvenes: se van a la cantina y piden más y más copetines hasta salir embriagados. No hay nada más triste que ver a nuestra juventud, sin ninguna preocupación alrededor de los salones y de la cantina, pidiendo más y más traguitos fuertes. Un joven que

se estime no debe hacer eso. A nadie le falta dinero para beber cuanto quiera; beber y tratar de aprovechar las ocasiones que se presentan para extralimitarse, es algo que indica muy poca cultura y también que revela que no se está acostumbrado a comer ni a beber bien.

Toda persona culta y distinguida debe aceptar con moderación todo lo que se le ofrezca en las fiestas, pero no se debe aparecer, ni como glotón ni como gente sin ninguna cultura.

Ahora preguntamos nosotros, después de esta lectura: ¿en todas partes se cuecen habas? ¿La urbanidad está en quiebra? Entre tanto, prevengamos el mal; que esto es mejor que curarlo. Ojalá que en Costa Rica no veamos esos ejemplos.

(Tomado de una Revista del exterior).

UN MINUTO DE FILOSOFIA

Ya que todos tenemos vanidad, mejor es que tengamos vanidad de lo bueno que de lo malo.

Garage Alfaro

Teléfono 3128

Llame a este garage si quiere usted estar servido elegante y rápidamente y con toda confianza.

La moda no es regla de moral

¡Es moda!

Pero la cuestión no es esa. La moda no es regla de moral.

La cuestión es ésta: ¿es honesto?

Porque si honesto no es, por muy de moda que sea, ninguna mujer que quiera pasar por honesta podrá vestir de ese modo.

Dios no consulta los figurines de moda para juzgar.

¡La moda!

La moda ahora es la desaprensión.

La moda es ahora el aflojamiento de las conciencias.

No deja, sin embargo, de ser cosa abominable todo eso, por muy de moda que sea.

Abominable, porque es inmoral.

Abominable, porque es piedra de escándalo.

Abominable, porque la Iglesia lo condena.

Se quejaba amargamente una madre de la procacidad de unos jóvenes que, al paso de sus hijas, les habían dirigido un requiebro brutal.

Queja infundada: lo habían provocado ellas con sus aires desenvueltos y su traje muy de moda, muy a la última.

¡Hay que ver cómo iban ellas!

Y como esa madre hay muchas.

Tienen ojos y no ven.

Tienen experiencia de la vida y no lo parece.

Son madres y no llegan ni a madrastras.

Una madrastra cuidaría más del honor y del recato de las que no son hijas suyas y como a las hijas tiene que cuidarlas.

¡Es la moda!

Pero la moda no puede justificar lo injustificable.

Ni hacer bueno lo que de suyo es malo.

Ni prevalecer contra las amonestaciones de la Iglesia.

La moda no es marca de garantía.

La moda no es sello de legitimidad.

La moda no es más que eso: la moda.

Y en este caso un estigma de ignominiosa esclavitud.

Sólo la inconsciencia puede rendirle culto.

¡Es la moda!

Excusa vana.

Cuando llegue el día de la cuenta, Dios no admitirá semejante excusa.

El demonio quiso perder a las almas, y se dijo: me valdré para ello de la carne.

Pero como él no puede dejarse ver, tan repugnante es su figura, se acercó a la tierra, llamó a los suyos, y les dijo: "Cread la moda; la moda es la mundanidad. ¿Quién podrá contra nosotros?"

¿Qué es la moda? El mundo dando al diablo posesión de las almas por medio de la carne.

Pero Dios exige de todos que renunciemos al demonio y a sus obras; al mundo y a sus pompas; a la carne en sus bajos estímulos.

Y sólo el que renuncia a eso, puede contar con su misericordia.

¡Es la moda!

Pero la Iglesia la condena.

El sentido cristiano la rechaza.

El propio pudor la recusa.

Dios abomina de ella.

¿Se necesita más?


(Tomado de una revista del exterior).



Ríase usted de cualquier dolor por fuerte que sea, si tiene a mano la famosa

CAFIASPIRINA

No sólo da inmediato alivio, sino que regulariza la circulación de la sangre, levanta las fuerzas, proporciona un saludable bienestar y no afecta el corazón ni los riñones.

"Si es BAYER es Bueno" → M.  R.

CAFIASPIRINA (M.R.) Eter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con Cafeína

El despido

(Envío de doña Elcira Volfo de Lahmann)

Acaeció lo que voy a narrar hace pocos meses, en un lugarcito costanero de una de las provincias del Norte.

Era maestro de la escuela municipal, y entiendo que aún lo es, un sujeto llamado D. Juan Manuel. El pueblo le estima por su temperamento afable y por el celo que siempre ha desplegado en su función pedagógica.

Cuando yo le conocí, no hace muchos años, era un hombre silencioso y triste. No siempre había sido así a lo que oí decir. En otro tiempo aparentaba ser alegre y chistoso; hasta componía versos que los niños de la escuela recitaban en las solemnidades y romerías. Pero el único hijo que tenía, navegando como piloto en un barquito de vela, había perecido ahogado en un naufragio frente a La Coruña. Desde entonces su carácter había cambiado tanto que apenas se le podía reconocer. El tiempo que no permanecía en la escuela lo pasaba orando en la iglesia.

En efecto, recuerdo que alguna vez en que se me antojaba entrar en la iglesia a la hora del crepúsculo solía ver a D. Juan Manuel en un rincón postrado ante una imagen de Jesús crucificado. El dolor de aquel desgraciado padre no podía menos de conmoverme.

Pues no hace mucho se hallaba este viejo maestro en el estrado de la escuela sentado delante de su mesa, corrigiendo y clasificando las planas de los discípulos. Era ya cerca de mediodía. Los niños, sentados en los bancos, como se aproximaba el momento de salir, charlaban libremente.

Se abrió la puerta de la escuela y apareció el alguacil del Ayuntamiento. Cruzó el salón, se acercó al estrado y entregó ceremoniosamente al maestro un sobre cerrado, invitándole a que lo firmara. Don Juan Manuel lo abrió y lo devolvió firmado.

Cuando el alguacil hubo traspuesto la puerta y el maestro vió lo que el papel contenía se puso pálido. Era un oficio del alcalde ordenándole que hiciera desaparecer de la escuela el crucifijo.

Permaneció unánime y cabizbajo unos minutos. Al fin, volviendo la cabeza y dirigiendo una mirada angustiada al crucifijo que detrás de él pendía de la pared, se le-

vantó, avanzó hasta el borde del estrado y comenzó a hablar con voz apagada.

“Hace dos mil años, hijos míos, que nació en un apartado rincón del Imperio romano, allá en la Palestina, un hombre que se atrevió a decir lo que nadie había dicho hasta entonces: que todos los hombres somos hermanos; que el esclavo y el obrero valen tanto como los reyes y los señores; que el reino de los cielos no estaba reservado para los ricos y poderosos, los que disfrutaban de todos los gozos de la tierra, sino para los humildes, para los que trabajan y padecen persecuciones de la justicia, para los que sufren y lloran. “No poseáis dinero —decía a sus discípulos—, ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni bastón, porque el obrero merece que se le alimente.” Este hombre, como todos sabéis, era el mismo Verbo de Dios. Y el Hombre-Dios fue particularmente apasionado de vosotros los niños. “Dejad que los niños vengan a mí”, decía, y otras veces decía a los hombres: “O niños o como niños”.

Por decir tales cosas fue ajusticiado una tarde en Jerusalén, haciéndole morir ignominiosamente sobre una cruz. Pero los hombres, arrepentidos de aquel crimen, besan desde hace dos mil años los pies del ajusticiado que murió por su amor.”

Quedó suspenso el maestro unos instantes, y al fin prosiguió bajando más la voz:

“Hoy la autoridad me ordena expulsar del local de la escuela la imagen del Dios de los niños y los trabajadores. Y yo no tengo más

GRAN BARATILLO DE SOMBREROS

de última novedad para señoras y señoritas en

“EL IRIS”

E. VELAZQUEZ C., Sucs.

Contiguo a la Iglesia del Carmen

TELEFONO 2286

remedio que cumplir las órdenes de la autoridad.”

Diciendo y haciendo, D. Juan Manuel montó sobre una silla y con manos trémulas descolgó el crucifijo. Con él en la mano se dirigió de nuevo a los niños.

“Acordaos, hijos míos, que muchas veces os habéis postrado ante este santo crucifijo, pidiéndole salud para vuestros padres y hermanos y consuelo para todos los que padecen en este mundo, trabajan y lloran. Si alguno de vosotros lo quiere con particular afecto y desea colocarlo en sitio de honor dentro de su casa yo se lo cedo de buena voluntad.”

Un niño rubio, con los ojos brillantes y las mejillas inflamadas, se levantó del asiento, avanzó hasta el estrado y profirió con voz recia:

—Todos lo queremos.

—¡Sí; todos, todos!—gritaron a la vez otros niños.

—Pues bien, queridos niños, a vosotros lo confío. Es vuestro mejor amigo y lo será hasta la hora de la muerte.

Lo llevó a los labios y lo depositó en manos del niño rubio.

Después se dejó caer pesadamente en su sillón y doblando la cabeza permaneció inmóvil.

Los niños le contemplaron silenciosos y estremecidos. Y apoderándose luego del crucifijo, unos gritando, otros llorando, cubrían de besos la imagen del Redentor.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

(De A B C).

“Honra a tu padre y a tu madre”

La Biblia, ese libro en cuya meditación se han abismado muchos sabios y grandes santos y cuya poesía divina han cantado grandes vates, encierra en sus páginas verdades sublimes, para todos los tiempos y para todos los hombres. Ese libro “divino y maravilloso” que contiene los anales del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, de Dios y de las criaturas, es en dogma el maestro de la Iglesia, en moral el código eterno de la humanidad y en historia el fiel relato de lo pasado” (1). Negarlo, sería negar la historia de la humanidad y la tradición de un pueblo grande y escogido—Israel—que descansó a su sombra cientos de siglos. Sus páginas, por desgracia poco leídas y menos comprendidas, son el anuncio de grandes promesas y de terribles castigos. De ese código divino y eterno del hombre, es que se aleja hoy la humanidad infatuada, enferma y llena de orgullo y se pierde porque “ha descendido de las regiones de la luz y de los principios al fango de las emociones y de los sentidos”, es porque están enfermas las almas. Allí están los grandes preceptos del amor a Dios que es “la suprema ley y el gran deber que resume todos los de-

beres” y el amor al hombre, como a prójimo, como a hermano. Hojeando ese gran libro, en una de sus partes, el “Eclesiástico” se encuentra una gran recompensa; oíd: “Honora a tu padre... Honra a tu padre y a tu madre para que te vaya bien a tí”. Este es el cuarto mandamiento. Hoy, que todo se niega en nombre de un libertinaje absurdo, y que no se reconoce autoridad alguna, es preciso recordar este mandato, establecido para el bienestar de la familia—el hogar—que es fundamento y base de la humana sociedad. Debemos honrar y respetar a nuestros padres pues después de Dios, les debemos la existencia y lo que somos; al padre, sobre cuya frente depositó el tiempo, las inquietudes y trabajos de la vida; la blanca y argentada aureola de la senectud; a la madre, ese ser casi divino que lleva impresa en el alma, toda la abnegación de un mártir y toda la grandeza de un héroe, en cuyo regazo aprendimos la plegaria primera y es muchas veces, quien recibe sobre su seno el dolor de la última lágrima. La misma Biblia nos habla de grandes bienes para el hijo bueno, como de grandes castigos para el malo; son bendiciones divinas de que podemos disfrutar, cumpliendo el mandato. Seis son las bendiciones de Dios; oíd: la primera es, la terna vida:

(1) N. Bui, S. J.

"El que honra a su padre, vivirá vida más larga". La segunda, el consuelo de sus hijos: "El que honra a su padre se regocijará en sus hijos". La tercera, de estabilidad en su fortuna: "La bendición del padre da firmeza a las casas de los hijos". La cuarta, de estimación y exaltación: "La gloria del hombre nace del honor de su padre". La quinta, de perdón de los pecados cometidos: "Recibe la ancianidad de tu padre, y como se deshace la escaracha en tiempo sereno, así se desharán tus pe-

cados". La sexta, es la felicidad eterna después de la muerte: "Honra a tu padre para que venga sobre tí su bendición y permanezca contigo para siempre".

Grandes promesas son éstas en verdad, de felicidad en este mundo y ultraterrena, para aquellos hijos buenos y generosos que saben cumplir bien, con el cuarto mandamiento de la ley divina.

E. FERRERAS.

Octubre de 1932.

NOTA

Muchas personas nos piden varios números de REVISTA COSTARRICENSE que les faltan para su colección porque desean empastarla.

Sentimos mucho tener que informar que cobraremos veinticinco céntimos por cada número que se nos pida, pues es mucha la pérdida que tendríamos si así no lo hacemos. Siempre se envía la Revista con puntualidad, y hemos hecho lo posible por complacer a los numerosos suscritores.

Reproducción de un artículo de "Revista Costarricense" en un periódico de New York

Por el último correo se recibió de Nueva York un número de «La Prensa», único periódico que se publica en español, en el que reproducen el importante artículo que el inteligente y joven doctor don Percy Fischel, publicó en el N.º 32 de REVISTA COSTARRICENSE sobre los dientes. Felicitamos al estimable doctor; porque al reproducirlo en tan importante periódico de Nueva York, es porque encontraron mucho mérito en él. Y nosotros nos consideramos también muy satisfechos.

Doña Carolina C. de Soley

El dolor ha herido otra vez al muy apreciable hogar de don Tomás Soley Güell. La compañera bondadosa, la madre amorosa, doña Carolina C. de Soley dejó este valle de miserias para descansar en el reposo definitivo. Para tan distinguida familia enviamos nuestro más sentido pésame. Nuestras humildes oraciones se elevarán por el alma de tan virtuosa dama.

Doña Juanita Vda. de Montero

Muy sensible ha sido para sus virtuosas hijas la muerte de su querida madre. Que ella desde el cielo siga protegiéndolas y derramando sus bendiciones. Y nosotros pedimos, de todo corazón, para su familia el consuelo y resignación cristiana en tan sensible pérdida. Nuestras plegarias se elevarán por el alma de tan virtuosa madre.

FLY-HOOTCH

La higiene es la base de la salud y ésta la base de la felicidad de los hogares.

Destruya usted con FLY-HOOTCH los zancudos, moscas, chinches, alepatos, que son los trasmisores de las enfermedades contagiosas.

Distribuidor,

UN RADIO

ES INDISPENSABLE EN CADA HOGAR

Le brinda a usted la oportunidad de escuchar la mejor música de todo el mundo; un radio **PILOT**, es el mejor aparato que usted puede poseer. Puede Ud. tener una magnífica demostración y demás informes de nuestros radios en el

Teléfono 3460 **ALMACEN VILLALOBOS** San José, C. R.

PAGINA INFANTIL

María oye siempre las oraciones de los niños

La niña Amparito llegaba del colegio alegre como unas pascuas, y retozando como las brisas de primavera retozan entre las flores. Saltó a los brazos de su mamá, que muy preocupada estaba hablando con el doctor, que sabía de visitar a su abuelito.

—No tenemos hombre para ocho días,—dijo el médico.

La mamá afligidísima balbuceó entre los dientes:

—¡Virgen de los Dolores! ¡No consientas que muera impenitente!

Amparito, sin comprender las palabras de su mamá, y cubriéndola de besos, le dijo:

—Vamos a rezar por el abuelito. La hermana me ha dicho que lo haga; y la Virgen que es muy buena, se lo llevará al cielo.

La madre y la hija rezaron unas *Ave-Marías*. La primera quedó muy pensativa; la segunda se fue saltando y brincando a la habitación del anciano para darle los buenos días y distraerle con su alegre charla.

—¡Dios mío!—dijo el abuelo,—¿cuándo saldré de esta cama?

—No saldrá usted de ahí, abuelito;—dijo la chiquilla con toda ingenuidad.

—¿Qué estás diciendo?

El doctor se lo acaba de decir a mamá.

—¿Cómo es eso?—exclamó el enfermo incorporándose.

—Sí, abuelito, sí; el doctor le ha dicho a mamá, que debían darle a usted cuanto quisiera, *porque no tenemos hombre para ocho días*.

—Pero, ¡morir, hija mía...!

—Pues qué, ¿tanta pena le da a usted morir?—exclamó la imprudente criatura, secando blandamente las lágrimas del enfermo, y acariciándolo con sus manos angelicales.

—¡Si tú supieras cuán triste es morir!

—¡Triste!—exclamó con asombro la niña; va usted a ver a Dios sentado en el trono de su gloria. Lo juzgará según sus méritos. Si siempre, como creo, ha sido usted un hombre bueno, irá al cielo a sentarse para siempre al lado de su Santo; si tiene algún pecadito, irá al purgatorio; pero, no se dé usted pena por

eso; porque yo rezaré mucho, y no dejaré de rezar hasta que la Virgen se lo haya llevado al cielo. Pero si tiene usted algún pecadote muy grande, entonces será cosa de ir al infierno eternamente, y esto sí que es un fastidio.

—Pero, chiquilla, ¿quién te enseña esas cosas?

—Me las enseña la Hermana; y también dice que antes de morir, conviene confesarse, comulgar y recibir la Extrema Unción.

—¿Qué es eso de la Extrema Unción?

—¿No lo sabe usted? Pues se lo voy a decir, abuelito. La Extrema Unción es un Sacramento que ayuda a bien morir, y el señor Cura es quien lo administra. Usted ¿va a decir a mamá que llame al señor Cura?

—¿Será verdad que estoy a la muerte?—exclamó el anciano con espanto?

—Ya ve usted; cuando el doctor lo ha dicho... Nada, nada, abuelito, llame usted al señor Cura, dígame todos los pecados, desde los más gordos hasta los más chiquitines, el señor Cura le dará la absolución, y todos le quedarán perdonados. Después le traerá a nuestro Señor. Después con aceite bendito le hará a usted unas cruces en las manos, en los pies, en los oídos, en los ojos, en las narices y en la boca, rogándole a Dios que le sane. Bien podría ser que el Señor le sanará a usted; pero si no le sana, el Sacerdote rogará que se vaya derecho al cielo. Ve ve usted, abuelito, que es cosa de llamar al señor Cura.

Amparito, concluida su perorata, refirió al enfermo cuanto ocurriera aquella mañana en el colegio, y cansada de hablar y enredar, se marchó, dejando a su abuelito muy pensativo.

Después de comer la niña, el abuelo la mandó llamar y le dijo al oído:

—Dí a mamá que mande en seguida por un Sacerdote, porque el abuelito quiere confesarse.

—¿De veras?—exclamó la niña, saltando encima de la cama y abrazando al anciano.—Mire usted; yo he rezado a la Virgen de los Dolores para que se le lleve al cielo; ¿cómo no ha de haberme oído, si sabe que le quiero a usted tanto?

Unos momentos después, la niña hablaba con su madre y le decía:

—Mamá, llame corriendo al señor Cura, porque el abuelito quiere confesarse.

—¿Qué me dices, chiquilla?—exclamó sorprendida la buena señora.

—Que el abuelito sabe que se muere.

—Pero, ¿quién se lo ha dicho?

¿Quién? Yo.—exclamó la niña asombrada.

—¡Imprudente!

—Pero, mamá, si la Hermana nos dice que es mejor ir asustados al cielo, que no al infierno sin susto...

Unos días después, el abuelito agonizaba, oprimiendo con amorosa confianza un *Crucifijo* sobre su corazón...

—Amparito, ¿dónde estás?—preguntó con voz desmayada.

—Aquí estoy,—dijo la niñita, acercándose a la cama y tomando una mano que le tendía el moribundo.

—¡Dios te bendecirá, hija mía, por el bien que has hecho al abuelito!

Tales fueron sus últimas palabras .

Unos momentos después, expiraba en el Señor; y Amparito con su admirable inocencia decía:

—Yo he rogado a la Virgen de los Dolores que venga por el alma del abuelito; y *la Virgen oye siempre las oraciones de los niños que la quieren mucho.*

UN MINUTO DE FILOSOFIA

El que no recibe la bendición nupcial como quien va al sacrificio no puede hallar la felicidad.

Cuide sus ojos

Valen mucho

Nosotros le daremos los anteojos que Ud. necesita después de hacerle un examen científico

Consultorio Optico Rivera

Frente al Hotel Costa Rica

Teléfono 3347

IMPORTANTISIMO PARA LAS AMAS DE CASA

EL UNICO

es el nombre de un establecimiento que acaba de inaugurarse, al lado Norte de «La Provedora», frente al Mercado Central. Ha instalado un magnífico aparato eléctrico para tostar y moler café

Las amas de casa tropezaban antes con la dificultad de que no podían enviar a tostar café en pequeñas cantidades; sólo 25 libras en adelante; ahora pueden enviar 5 libras, verlo tostar en su presencia, decir el color de tostado que les gusta, y lo muelen allí mismo, sin peligro de ahumarse por el sistema especial de la máquina a base de aire caliente. Con una limpieza que da gusto. Sin peligro de que su café sea cambiado por una clase de inferior calidad. Los propietarios de este nuevo negocio, los señores

A. BOREGGIO y Co.

son personas recomendables por su honradez y cultura. Puede Ud. ordenar que le envíen del café que ellos venden que es de superior calidad.

TELEFONO No. 2539



La Madre

Por MARIA DEL PILAR SINUES

(ARTÍCULO SEXTO)

I

Por los ejemplos que hemos presentado a nuestras amables lectoras creemos haber demostrado suficientemente hasta qué punto es grande y hermosa en la humanidad la figura de la madre, hasta qué punto puede llegar su influencia en el destino de sus hijos, y cuán inmensa es la importancia que se la debe conceder.

“Si queréis mejorar la sociedad, educad a las mujeres”, decía madame Campan a Napoleón I; y al darle aquel consejo, debía indudablemente pensar en las madres, porque nadie como una madre puede hacer marchar a su familia por la senda del bien y de la virtud.

Para que una mujer sea buena madre, debe ser ante todo buena cristiana, y además mujer instruída; porque su principal misión es inculcar a sus hijos los sentimientos religiosos que les han de servir de puerto de paz en todas las borrascas de la vida.

“Nada hay que pueda reemplazar la educación de una buena madre, dice Maistre: cuando la madre se impone el deber de imprimir el sello de la virtud sobre la frente de su hijo, es casi seguro que la mano del vicio no lo borra jamás.”

“El joven sigue su primera dirección, dice el libro de *Los Proverbios*, y no la deja ni en su ancianidad.”

Madame de Genlis nos ha pintado, en una de sus encantadoras novelitas, un ejemplo casi heroico del amor maternal.

Una jovencita, hija de una viuda hermosa y rica, estaba dotada de tan rebelde e indomable carácter, que parecía haber nacido solamente para ser el tormento de la que le había dado el ser; no hubo pena que la pobre madre no sufriese de su hija, y Eglantina, que éste era su nombre, en vez de agradecer a su madre el que se hubiera dedicado a ella por completo, renunciando al amor y al matrimonio, parecía complacerse en llenar su vida de disgustos y sinsabores.

Una terrible enfermedad acometió de repente a la joven: el cielo le envió una viruela

maligna, que le atacó a la vista de tal modo, que los médicos la declararon en inminente riesgo de perderla.

—Sólo hay un medio—dijo el más anciano;—pero lo veo imposible de lograr.

—¡Hable usted, doctor—exclamó la afligida madre:—diga ese medio, y le aseguro que lo encontraré!

—¡Imposible, señora!

—¿Qué hay de imposible para una madre cuando se trata de salvar a su hija? ¡Le digo a usted que lo hallaré!

—Pues bien: es preciso buscar una mujer bastante pobre para que por una cantidad que ella misma fije, extraiga con los labios, y de la manera más lenta y más suave posible, el humor maligno que ha cargado a los ojos de la señorita, su hija de usted.

—¡Gran Dios!—exclamó la madre:—¿y dónde hallar a esa mujer?

—Creo que en ninguna parte, señora, y tanto menos se hallará, cuanto es un deber de conciencia el advertirle que pelagra su vida, si traga alguna partícula de ese humor.

Aquella misma tarde, al volver los doctores, se hallaron a la madre de Eglantina vestida con un humilde traje de algodón y una gorra de muselina.

—Ya se ha encontrado la persona que necesitábamos para salvar a mi hija—dijo.

—¡Ha sido posible!

—Sí, señores.

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

—¿Y dónde está?

—Yo soy.

—¡Usted!—exclamaron los dos médicos.

—Yo misma; sírvanse, pues, darme sus instrucciones para ir al instante a aliviar a mi hija.

—¡Olvida usted, señora, que expone la vida!—exclamaron los doctores.

—No lo olvido, y por lo mismo que se expone la vida, es a mí, y sólo a mí, a quien corresponde tomar ese cargo. ¡Cómo!; ¿me han creído ustedes capaz, señores, de ir a buscar quien por dinero llenase un oficio repugnante, y que yo desempeñaré con verdadera felicidad? ¡Salvar a mi hija! ¿Qué más gloria podía yo esperar que me estuviera destinada, ni cómo cedería a nadie esta ventura? Si por un instante he podido pensar que otra lo haría, bien pronto me he dicho que sólo yo debía y podía, llenar estasagrada obligación.

Y la generosa madre condujo a los médicos a la alcoba de su hija.

Eglantina tenía los ojos cerrados y cargados de viruela; su madre se inclinó sobre ella, y la informó dulcemente del único remedio que había para salvarla la vista.

—De esta suerte—murmuró la joven con tristeza,—estoy ciega para siempre; porque ¿quién habrá que se quiera encargar de salvarme, practicando tan repugnante trabajo?

—Ya se ha encontrado quien lo hará, hija mía.

—¿Y quién es?

—Una pobre madre que quiere ganar la suma que yo le he prometido, y ahora mismo va a empezar la cura: te dejo sola con ella, y vuelvo pronto.

La madre hizo como que se iba, y volvió, arrodillándose en seguida al lado de la cama

de su hija, y dando principio a la operación.

¿Quién podrá pintar la sorpresa de Eglantina al ver que era su madre la que había salvado su vista, y acaso su vida?

Un cambio completo se verificó en su corazón, y dedicó toda su existencia a pagar a aquella madre generosa la deuda de gratitud que con ella había contraído.

No hay sacrificio, ni moral ni material, que no pueda y sepa hacer una madre, y los rasgos más heroicos de que puede envanecerse nuestro sexo, por las madres han sido llevados a cabo.

Venerad, pues, y amad con ternura a vuestras madres, mis queridas lectoras, y pensad que el amor maternal es el más santo y grande de los amores; el más generoso, el más fuerte, el que perdona siempre y siempre olvida, el que nos recibe al nacer, nos acompaña al morir, y vela por nosotros, aun después que nuestras madres van a residir al cielo.

DON LUIS CRUZ MEZA

Dolorosamente impresionados quedamos cuando se nos dió la noticia de que nuestro querido amigo el Lic. don Luis Cruz Meza estaba gravemente enfermo. Día a día nos informábamos de su salud; siempre esperábamos alguna buena noticia, pero desgraciadamente todo fué en vano, y aquella alma grande y generosa que nos alentaba siempre en nuestra humilde labor literaria, aquel cerebro tan bien preparado para comprender toda la importancia de la cultura nacional, aquel corazón sin envidias, aquel hombre educado a la antigua, caballeroso, digno, que se indignaba contra toda injusticia, contra todo lo que no era fruto de un proceder noble, generoso y honrado; dejó para siempre este valle de miserias dejando sumidos en el dolor a su angustiada esposa y a sus apreciables hijos y demás familia, y a sus numerosos amigos sintiendo intensamente la ausencia del muy querido e inolvidable amigo.

Que en el más allá, haya encontrado, el inolvidable amigo, la paz, la justicia y el descanso eterno. Nuestras humildes plegarias se elevarán por el alma de él y por el consuelo y resignación cristiana de los suyos.

SARA CASAL VDA. DE QUIROS.

Dr. Alexis Agüero

MEDICO CIRUJANO

OCULISTA

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte
del Correo.

Teléfono 2712

Recetas de Cocina

A cargo de doña Digna Casal de Solari
Profesora de Cocina graduada en Bruselas

PASTELILLOS DE QUESO

Se baten dos claras de huevo y cuando están bien cortadas se les agregan las yemas, se continúa batiendo, se les agrega el jugo de dos naranjas, la punta de un cuchillo de sal, una cucharada de mantequilla y se mezcla muy bien y luego se va agregando un vaso de los de casco de harina cernida con una cucharadita de Royal, y con las manos se va trabajando esta mezcla hasta que se forme una pasta suave que se pueda trabajar con el bolillo. Si queda muy suave que se pega en las manos se le puede agregar más harina; esta pasta se extiende con el bolillo en la mesa hasta que quede bien delgada, entonces se cortan ruedas y se rellenan con queso fresco rallado, se doblan en forma de empanadas, se les hacen los piquitos y se fríen de cinco en cinco, en bastante manteca bien caliente, que las bañe muy bien para que se inflen, se van colocando sobre un papel delgado para que se escurra bien la manteca. Se sirven para el té o con cerveza.

PAPAS DUQUESA

Se ponen a cocinar en agua fría con sal, ocho papas peladas; cuando están suaves se escurren y se ponen en el fuego destapadas para que se evapore el agua que les queda y se sequen bien; se pasan por el prensador de papas, se acercan al fuego y se les agrega una cucharada de mantequilla y se mezcla bien, se retira del fuego, se les agrega dos huevos uno a uno, siempre mezclándolo, enseguida se les agrega dos yemas y se sigue mezclándolo, se le pone sal, pimienta y nuez moscada, se le agrega otra cucharada de mantequilla y se ponen en un platón untado de mantequilla y en forma de pirámide y se mete hasta que esté dorado, se adorna con salchichas fritas y se sirve.

UN MINUTO DE FILOSOFIA

Si fuese posible ensayar en morir deberías morir muchas veces para morir bien la muerte definitiva.

HUEVOS A LA RANCHERA

Se coge un platón caliente y se le pone una cucharada de mantequilla, se mete al horno hasta que la mantequilla comience a hervir, entonces se retira el platón del horno y se van echando los huevos que se quieran, se espolvorean con pimienta y sal; encima se le ponen pedacitos de jamón; a cada huevo se le pone un poquito de salsa de tomate y de salsa inglesa y sobre cada huevo una pelotita de mantequilla, se meten al horno bien caliente, hasta que se vean que están cocinados. Estos huevos pueden hacerse en platitos en forma de concha o en platitos que resistan el fuego.

Conferencia a las madres de San Antonio de Belén

El muy celoso y bondadoso Cura de San Antonio de Belén, Pbro. don Carlos Sánchez, entusiasta por el desarrollo de la acción social de la mujer en su pueblo, nos ha llamado tres veces a dictar conferencias sobre asuntos de suma importancia para la mujer.

La última conferencia, dictada el 7 del corriente, la encontraron muy oportuna en los actuales momentos y por ello nos encargó publicarla en REVISTA COSTARRICENSE, en un solo número, para que le envíe a él un número considerable de revistas para distribuir las entre las madres, que por sus ocupaciones no pudieron asistir a dicha conferencia.

Y como suponemos que algunos sacerdotes, cuando lean la conferencia, les agrada repartirla entre las señoras de sus parroquias, les agradeceríamos nos indicaran el número que desean, para mandar a editar un número de revistas mayor del que se imprime actualmente, pues si no lo encargan anticipadamente, no podré venderles la revista, pues apenas se imprime lo necesario para los suscritores.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

La Expatriada

(Continuación)

Pensativa dejaba vagar la joven su mirada por el estanque, cuyas aguas brillaban con irisados reflejos a los rayos del sol. En aquel apartado rincón del parque sólo se oía el ruido que producía el gorjeo de los pájaros o la zambullida de alguna rana.

Pero de pronto, sonó a poca distancia el galope de un caballo... y apareció un jinete detrás de las arboledas que rodeaban el estanque. Antes de que Mirtea hubiese podido hacer un solo movimiento, el caballo pegó un salto soberbio por encima del agua y de los árboles derribados, y plantóse, rígidas y estremecidas las patas, a pocos pasos de la joven.

Esta se puso de pie lanzando un grito, asustada, al que correspondió una exclamación del jinete, quien apeándose ligeramente, adelantóse hacia ella con viva solicitud.

—; Mirtea! ¿La he asustado a usted? No la había visto: la acutaban a usted tanto estos árboles...—exclamó el príncipe Milcza, pues era él, fijando en la joven una inquieta mirada.

—; Pero, si lo que hace usted es espantoso! —dijo Mirtea tratando de reprimir el temblor de su voz—. En verdad creeríase que... que busca usted un accidente—terminó casi con un murmullo.

El príncipe le tomó la mano.

—; Mirtea!... ¿Qué ha imaginado usted?... ; Oh, no, no! Me han gustado y he practicado siempre esos ejercicios, como verdadero magiar que soy. Ahora trato de engañar así las penas que me torturan; me embriago de aire y de velocidad... ; Pero me pesa en el alma haber asustado a usted!

—; Oh, se me pasó ya!—dijo la joven con una ligera sonrisa y extendiendo la mano para acariciar las narices del alazán, que avanzaba su hermosa y fina cabeza.

—*Abdul* le pide perdón como su dueño, Mirtea... Pero dígame cómo se encuentra usted ahora. He sabido diariamente de usted por el doctor, pero me complace poder juzgar por mí mismo... ¿Me dirá usted que pudiera haberlo hecho antes? Sí, efectivamente, y tendría usted muchísima razón; pero debo decir

en descargo mío, que he sido presa de una fuerte crisis de misantropía—añadió pasándose la mano por la frente.

Mirtea murmuró emocionada:

—Hubiera convenido desecharla..., acudir al lado de su madre, de sus hermanas...

Sí, debí hacerlo... Pero tengo a veces momentos tan terribles, que mi energía sufre un indecible quebranto. No obstante, crea usted que tenía intención de ir uno de estos días a tomar el te al lado de mi madre.

—¿Y no podría ser hoy?—propuso tímidamente Mirtea.

El príncipe entreabrió sus labios para dejar que asomase en ellos una vaga sonrisa, tal como la joven se la había visto algunas veces al contemplar a Karoly.

—¿Hoy?... Sea como usted dice... ¿Pero es usted como yo, Mirtea? ¿Le gustan los paseos solitarios? ¿Cómo no se pasea con mis hermanas?

—He ido a visitar a una familia pobre, a la entrada de la aldea de Selzi.

—¿Y Terka o Irene no la acompañan nunca en esas visitas caritativas, naturalmente? —dijo con irónico acento el príncipe.

—; Pero si ellas tienen también sus pobres, a quienes distribuyen limosnas cada semana!...—replicó vivamente Mirtea.

Por la mirada del príncipe pasó una vislumbre sarcástica.

—Sí, algunos pobres escogidos, de esos cuya miseria ofende poco la vista... ; Oh!, conozco mucho la caridad mundana... La he visto de cerca y he podido estudiarla... La otra, la verdadera, debe ser la de usted. Seguro es que la quieren a usted mucho los desdichados, ¿no es verdad, Mirtea?

—Supongo que no deben detestarme—respondió sonriendo la joven—. En cuanto a mí, puedo decir que les profeso mucho afecto, y mi única pena es la de no poder aliviar todas sus miserias, muy horrosas a veces.

—Sí, es usted para ellos un rayo de luz... para todos los desdichados—murmuró con tono indefinible.

El príncipe volvióse ligeramente, miró el sol, que ya descendía hacia el horizonte, y preguntó:

—¿Vuelve usted ahora al castillo, Mirtea?

—Sí; me parece que es hora ya.

—¿Quiere usted aceptar mi compañía y la de Abdul?

—Con mucho gusto..., tanto más cuanto he de hablarle.

—Estoy a su disposición—contestó el príncipe, tomando de las riendas a su caballo.

Y al momento internáronse por la ancha vereda a través de las magníficas frondas de aquel rincón del parque.

Pasaron unos instantes, el príncipe preguntó:

—¿De qué se trata, Mirtea?

La joven repitióle entonces, con claras frases, lo que ya tiempo atrás dijo a la condesa Zolanyi.

El príncipe detúvose bruscamente, contráidas las facciones, y tomó el portamonedas que le tendía la joven.

—¡Oh, sírvase usted dispensarme!—dijo con acento algo sofocado—. ¡Dinero a usted..., a usted, que prodigó a mi hijo su afecto, su abnegación inapreciable!... ¡Mirtea, perdóneme! ¡La ofendí, bien lo conozco..., y eso fue muy penoso para usted! ¿Verdad?

—Algo, sí, no quiero negarlo—contestó la joven con franqueza—. Pero eso fue de momento, porque luego reflexioné que usted no pudo tener intención de agraviarme.

El príncipe volvió un poco la cabeza y púsose nuevamente en marcha. Avanzaron así un rato en silencio, que al fin rompió el príncipe, para decir en voz baja, en la que se traslucía una entonación de súplica:

—¿Querrá usted perdonarme, Mirtea?

—¡Oh, no lo ponga usted en duda!—respondió vivamente la joven.

—¡Gracias, prima mía!... ¿Y si le pidiese que distribuyera este dinero a los pobres, lo aceptaría usted?

—¡Para ellos, sí, y con gran placer! Se lo entregaré en nombre de usted, primo mío, y ellos rogarán a Dios por usted—dijo Mirtea con brillante expresión de contento, reflejada en sus expresivos ojos.

De nuevo volvieron a ponerse silenciosamente en marcha.

La mirada del príncipe, menos sómbria que las arboledas, salpicadas de luz por los rayos del sol, que conseguía aún atravesar la bóveda de los follajes mientras se hundía en el horizonte en un mar de fuego.

Cerca ya del castillo, el príncipe llamó a un criado y le entregó el corcel. Luego se despidió de la joven, diciéndole:

—Voy a cambiar de traje, e iré a tomar el te con ustedes. Hágame el obsequio de advertirlo a mi madre, Mirtea.

La joven, después de haberse quitado su vestido de paseo, bajó al salón de la condesa. Cuando hubo anunciado la visita del príncipe, vió alargarse súbitamente las facciones de todos; Renató abandonó la partida que sobre la alfombra tenía empeñada con el gozquecillo de su madre; Terka se apresuró a verificar la perfecta corrección de la mesilla del te, e Irene, a una observación de la condesa, probó de atenuar la excentricidad asaz acentuada de su peinado.

Fortuna es que no nos caiga aquí como llovido del cielo, según su costumbre—observó—. A dicha, lo has encontrado, y mucho es que se haya dignado comunicarte su intención.

—¿Así, has vuelto con él, Mirtea?—preguntó la condesa—. ¿Y no tenía el aire sómbrio, enfurruñado?...

—Realmente, no; prima mía. ¿Pero cómo se le conoce que es inmenso su sufrimiento!

—Pues bien; ese era el momento oportuno de intentar aquel apostolado que sueles predicarnos tan bien—dijo irónicamente Irene—. Ya que tanto le compadeces, podías...

La joven interrumpióse súbitamente al oír en la terraza un paso harto conocido... Y en tanto duró la visita del príncipe Mileza, apenas abrió la boca, guardando una postura sosegada y casi tímida, que contrastaba con su habitual vivacidad y sus maneras decididas. Irene, la más parlanchina, inquieta y machacona de la familia, mostrábase ante su hermano mayor humilde y deferente como ninguna... Y Mirtea preguntábase si acaso sería por tal motivo que el príncipe Mileza parecía profesarle cierta especie de antipatía, que por cierto no disimulaba.

A partir de aquel día, Arpad fue casi todas las tardes a tomar el te en el salón de su madre. Hablaba poco, pero en cambio demostraba apreciar mucho la lectura que su

prima hacía generalmente a la condesa. La voz pura y profundamente armoniosa de Mirtea, su notable dicción, comunicaban un nuevo encanto a las selectas obras leídas por ella.

—De buen grado la oiría a usted hasta la noche, Mirtea—díjole un día—. Pero temo que abusemos de usted. En adelante, deseo que no lea tanto.

Mirtea sentía en él un cambio indefinible. Frío y taciturno siempre, indiferente con sus hermanas y con Renato, hasta el punto de parecer, a veces, que ignoraba su presencia, y sencillamente correcto con su prima, comunicaba, sin embargo, al dirigirse a ella, cierta dulzura a su mirada y a su voz...

En determinados momentos, la joven sentía la impresión de ser objeto de un interés particular por parte de aquel hombre a quien tan cruelmente hirió la desdicha en plena juventud; observaba en sus actos, en las palabras que le dirigía, una grave solicitud, que tal vez era en él una señal del reconocimiento que le guardaba.

Entre la condesa y sus hijos cada día era mayor la inquietud al ver acercarse el invierno.

El príncipe Milcza no hacía alusión a la estancia habitual de su madre en Viena; parecía acostumbrarse definitivamente a la visita que todas las tardes hacía al salón de la condesa, y ésta, lo mismo que sus hijas, veía con terror la perspectiva de un invierno en Voraczy.

Al oírlas lamentarse de eso, apenas podía Mirtea reprimir las palabras que la indignación hacía acudir a sus labios. ¿Acaso no hubiera debido complacerlas ver al príncipe volver poco a poco a la vida? ¿No habría sido natural verlas prontas a sacrificarle sus fútiles placeres, demostrándole discretamente algún afecto que acaso le hubiese, andando los días, conmovido, abriendo su alma a mayores expansiones?

—A mí me gustaría más permanecer en Voraczy—decía Renato—. ¿Nos quedaríamos los dos, verdad, Mirtea?

—Los tres—añadía Mitzi, apoyando su rubia cabeza en el brazo de su prima.

El encanto de Mirtea influía en los dos niños, que le eran más adictos cada vez, y el impetuoso Renato la obedecía más que a todos.

Una tarde en que la condesa y sus hijas mayores, habían ido de visita a una propiedad

de las inmediaciones, Mirtea se llevó a los dos hermanitos bastante lejos, al campo.

Los tres, después de andar gran rato, detuviéronse a la margen de un arroyo. Los guardas del príncipe Milcza no habían pasado por allí, y los ribazos estaban cubiertos de flores otoñales.

En tanto Mirtea tomaba asiento en el tronco de un árbol derribado y tomaba su labor, los niños se dedicaron a una copiosa recolección, que depositaron a los pies de su prima.

—¿Para qué os servirán todas estas pobres flores?—díjoles ésta—. No podemos llevarlas al castillo.

—¡Oh, no!—dijo asustada Mitzi—. El príncipe se enfadó mucho con Terka el año pasado, un día que mi hermana, había olvidado desprender de su cuerpo una rosa que le dieron en casa de los Boldy.

—¡Qué lástima! ¡Son tan bellas!—exclamó Renato, con tono pesaroso—. ¡Oye, Mitzi! ¿Vamos a hacer un tocado para Mirtea? Será el hada de las flores.

Mitzi batió palmas, y Mirtea se mostró complaciente a la fantasía de los niños... Pronto se encontró literalmente cubierta de flores.

—He visto en el bosque muchas campanulas azules y rosas muy lindas—dijo Renato—. Ven, Mitzi, vamos a hacer un ramo.

—No os alejéis—recomendó Mirtea—y volved en seguida que os llame.

Ambos hermanitos fuéronse corriendo y Mirtea reanudó su labor interrumpida.

Un pálido sol de otoño rodeaba a la joven. A través de las ligeras flores en ellos esparcidas, sus cabellos adquirían reflejos de oro mate. Una franja de florecillas de tonos malva ceñía su frente, sombreando ligeramente sus pupilas, fijas en la labor y veladas por sus largas pestañas rubias.

Terminada su hebra, levantó la cabeza para buscar el hilo que los niños habrían sin duda tirado en la hierba... Pero de su garganta salió una exclamación de azoramiento...

Casi enfrente de ella, apoyado en un tronco de los árboles del bosquecillo, estaba el príncipe Milcza, pálido el rostro, casi tan pálido como lo viera Mirtea en el momento de la agonía de Karoly, y sus facciones crispábanse ligeramente.

(Continuará)

Nocturno

I

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmedas las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mi ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y eran una sombra larga,
y eran una sombra larga,
y eran una sombra larga.....

II

Esta noche
solo; el alma
llena de infinitas amarguras y agonías de la muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba.....
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras niveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta Primavera
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella.... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

J. A. SILVA (Colombiano)



LA SANTA BIBLIA

Versión del DR. TORRES AMAT

Edición de bolsillo en tres tomitos, en pegamoid, al precio total de ₡ 14.00

EL NUEVO TESTAMENTO | EL ANTIGUO TESTAMENTO
1 tomo ₡ 3.00 | 2 tomos ₡ 11.00

Esta edición manual de la SANTA BIBLIA, ha sido bendecida por Su Santidad el Papa Pfo XI

DE VENTA EN LA

LIBRERIA LEHMANN

(Sauter & Co.)

Madres

DEXTRO MALTO

Es el mejor alimento para su niño

Su precio bajo, lo pone al alcance de ricos y pobres.

Dr. M. FISCHER & Co.
Apartado 434 - San José

Use bombillos EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».
> de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».
> de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131



QUESADA Y AMADOR

FABRICA DE ESCOBAS

La más antigua

Gran variedad de cepillos
para todos los usos
del hogar.

Detrás del
Colegio Superior de Señoritas

TELEFONO 2879

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

Adela v. de Jiménez e Hijos

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustres, Materiales de Construcción

Ferretería - Taller Mecánico

Piedra Quebrada

Teléfono 2278